

EXTRACTO DEL DIARIO

DE UN

PRECEPTOR DE POSEN

ILUSTRACIONES
DE D. JOAQUÍN
COLL SALIETI *



EXTRACTO DEL DIARIO

DE UN PRECEPTOR DE POSEN

LA luz de la lámpara, aunque muy baja, me despertó, sorprendiéndome ver á Mihas (1) que seguía estudiando: eran las tres de la madrugada.

Vestido sólo con las ligeras ropas de dormir y una bata tirada sobre los hombros, inclinaba la cabeza pálida y cansada sobre voluminoso libro. Interrumpiendo el silencio de la noche, repetía con voz lenta y monótona conjugaciones de verbos latinos y griegos.

(1) Miguel.

Cuando le dije que fuera á acostarse, el niño me contestó :

—Aun no me sé las lecciones, Sr. Vavrykevich.

Le hacía estudiar de las cuatro de la tarde á las ocho de la noche, y de las nueve á las doce, y no me acostaba sin cerciorarme de que sabía bien las lecciones.

Pero éstas eran muchas, y las horas que estudiaba excesivas para un niño. Al saber la última lección había olvidado la primera. Mezclaba las conjugaciones griegas, alemanas y latinas, y en su pobre cabeza se armaba tal confusión que le impedía dormir. Entonces abandonaba el lecho sin hacer ruido para no despertarme, encendía la lámpara, y sentábase á estudiar horas y horas. Si le reñía, ó me suplicaba le permitiese seguir estudiando ó se echaba á llorar.

De tal manera me había acostumbrado á la pálida luz de aquella lámpara apenas encendida, á aquel susurro monótono, que si una noche no le oía me era difícil conciliar el sueño.

Quizás obraba mal permitiendo que aquel niño trabajase tanto; esa demasiado para sus fuerzas: diariamente debía saberse las lecciones sin falta, de lo contrario sería despedido del colegio; y sabe Dios cuán gran disgusto hubiera sido para su madre, Pani-María, la cual desde la muerte de su esposo vi-

via acompañada de sus dos hijos, y fundaba todas sus esperanzas en el mayor, en mi querido Mihás.

Comprendía perfectamente que aquel trabajo excesivo cansaba su cerebro y debilitaba su ya no robusta salud. Aquel niño necesitaba mucho ejercicio físico: gimnasia, equitación, largos paseos, pero ¿cómo poder disponer del tiempo indispensable? Debía escribir tanto y aprender tantas lecciones de memoria que era imposible hallarle al día un momento para descanso ó solaz. El griego, el latín y el alemán le robaban las horas de recreo.

Cada mañana al colocarle los libros en la cartera, cuando veía doblarse sus débiles espaldas al peso de aquellos voluminosos tomos, sentía en mi corazón profunda tristeza. Una vez pedí que en atención á la débil naturaleza de Mihás lo tratasen con indulgencia, y el profesor de alemán me contestó que yo echaba á perder al chico; que Mihás no estudiaba como antes, y que lloraba por cualquier ñoñez.

¡Y bien sabía yo que á su edad nadie en el mundo trabajaba como él!

No estaba dotado de privilegiado talento, pero su constancia admiraba, y á su natural dulzura añadía enérgico carácter. El pobre Mihás amaba á su madre apasionada, ciegamente; y desde que oyó afirmar que ella es-

taba enfermiza y era desgraciada, y que si él no estudiaba la apenaría, y que esta pena podía causar la muerte, el pobre niño temblaba al solo recuerdo de tal peligro, y pasaba las noches inclinado sobre sus libros, estudiando y temiendo siempre apenar á su madre.

Cuando tenía una mala nota lloraba á lágrima viva, y nadie dudaba de la intensidad de su dolor.

¡No, yo no le echaba á perder á Mihás, sino que le conocía mucho mejor que el petulante maestro de alemán! Mi constante preocupación era cuando le veía muy abatido alentarle, comunicarle nuevas fuerzas. Mi existencia ha sido amarga, penosísima: no he conocido la felicidad ni la conoceré nunca. Los sufrimientos de la vida son poco para que el hombre cansado de luchar se declare vencido: quizás por estas razones todas mis simpatías son para los que sufren.

A la edad de Mihás corría tras las mariposas y jugaba en la calle con otros rapazuelos de mi edad. Tenía mis horas de recreo. Cuando me pegaban chillaba como un condenado, pero luego reía y era libre como el aire. Saltaba, y no me acordaba de nada ni por nada me preocupaba. ¡El pobre Mihás no conocía otra cosa que sus libros!

Veíale regresar de la escuela, inclinada la espalda al peso de éstos, reflexivo, serio,

y frecuentemente con una lágrima mal enjugada en los ojos. Entonces deseaba ayudarle con todas mis fuerzas, ser su providencia, su consuelo.

Soy profesor, y no ignoro que sin mis conocimientos sería incapaz de ganarme la vida.

Pero sé también que el estudio no debe matar la infancia; que el latín no puede reemplazar al aire ó á la salud; que un acento bien ó mal colocado no decide del porvenir de un niño.

Y sé además que el aprovechamiento del estudio será mayor si el niño ve que la mano que le dirige, aunque recta, es paternal, y que no pesa sobre él como tiránico yugo.

Estoy íntimamente convencido de la verdad de cuanto dejo escrito, y este convencimiento aumenta al acordarme de mi pobre Mihás, á quien tanto amaba.

Seis años pasó á mi lado: tuve, pues, tiempo para conocerle. Su madre le confió á mis cuidados. Primero cumplí los deberes del ayo; luego, al empezar sus estudios superiores, fui su profesor particular. ¿Por qué no confesar que le quería mucho más porque era hijo de la mujer que más he amado y venerado en el mundo? ¿Quién soy yo? ¡Un maestro! Y ella era la hija de opulenta y linajuda familia, noble dama ante la cual osaba apenas levantar los ojos: mi pobre

corazón, tristemente sacudido por la vida, solo, sin amparo, cual hoja seca que arrastra el viento, tenía necesidad de unirse, de consagrarse á alguien, y esta era la causa de que la amara tanto. ¿Cómo vencer tales sentimientos? Además este afecto, totalmente platónico, á nadie perjudicaba, y en cambio me hacía feliz.

Presencí la muerte de su esposo. La vi desgraciada, sola y siempre amable, siempre buena como un ángel, amando á sus hijos con loco cariño. Al verla pálida y vistiéndola las tocas de viuda, me parecía una santa. ¿Cómo no amarla? Sin embargo, no era propiamente amor lo que yo sentía, era algo así como una veneración, una especie de extraño culto.

Mihas me recordaba á su madre. A veces cuando fijaba en mí sus grandes ojos, parecíame que era ella quien me miraba. Tenía igual expresión, la misma frente sombreada por iguales hermosos cabellos que caían sobre las graciosas líneas de las cejas, y tenía la misma voz. Entre la madre y el hijo el parecido era perfecto. Ambos poseían igual tendencia á la exaltación sentimental. Muy impresionables, nerviosos, amables, nobles y capaces de heroicos sacrificios: su mayor felicidad era hacer felices á los demás.

La familia de Mihas había sufrido múl-

tiples pruebas: de ellas salió con la fortuna disminuida; sin embargo, lo salvado les permitía vivir desahogadamente. Mihas era el menor. Pani-María le amaba muchísimo: en él cifraba todas las esperanzas. Desgraciadamente, cegada por el amor maternal, creíale dotado de facultades extraordinarias. En realidad era inteligente, pero pertenecía á esta clase de niños cuyo talento, escaso en un principio, se desarrolla paulatinamente ayudado de la constancia y la salud robusta. A serle posible seguir un método totalmente opuesto al que le imponía el Gobierno, habría aprobado los cursos y sobresalido en la carrera á que sus aficiones ó aptitudes le inclinaran.

Conociendo las esperanzas que en él cifraba su madre, agotó sus fuerzas escasas, y sabido es que el trabajo excesivo no conduce á nada práctico.

Mi larga experiencia me ha convencido de que si cargáis con mil ideas abstractas el cerebro de un niño, sólo lograréis engendrar el caos en aquella cabeza joven. El que trabaja en tales circunstancias, aun cuando su buena voluntad y constancia sean inmejorables, está destinado tarde ó temprano á sucumbir víctima de esta ruina intelectual, nociva á la salud y al desarrollo físico.

Era tanto el empeño con que yo trabajaba

ayudando á Mihás, que al verlo dijérase que mi porvenir dependía de las notas buenas ó malas que él por sus lecciones mereciera. Ambos teníamos un solo deseo, no afligir, no entristecer á la pobre viuda, y para lograr que se dibujara en sus labios una sonrisa de felicidad, agotaba mi ingenio procurando que su hijo lograra las mejores notas y los primeros puestos.

Cuando el chico lograba buenas notas, regresaba del colegio sonriente y feliz. No parecía el mismo. Sus ojos, en general tristes é inquietos, reflejaban la franca alegría de la juventud. Eran claros y brillantes. Jugaba con la correa de cuero que sostenía la cartera y decíame alegremente:

—¡Mi querido Vavrykevich, mamá será feliz! Hoy he tenido en geografía... ¿Qué no aciertas?

Fingía serme imposible adivinar, y él echándome los brazos al cuello murmurábase al oído.

—¡Cinco! ¿sabes? ¡cinco!

¡Hermosos días los en que estaba tan alegre! Al anoecer daba rienda suelta á su imaginación; afirmaría que alentaba la certeza de que sus notas serían siempre inmejorables.

—Por Navidad iremos á Zalesin; la nieve caerá como cae en Diciembre; llegaremos muy entrada la noche, y mamá estará

esperándonos. Me estrechará fuerte, muy fuerte entre sus brazos, y luego me pedirá las notas. Yo pondré cara triste y entonces mamá leerá: Religión, sobresaliente; alemán, sobresaliente; latín, sobresaliente;... y todas las asignaturas sobresaliente... ¡Ah, maestro Vavrykevich!!

El pobre niño tenía los ojos llenos de lágrimas, y yo dejaba que volase su ardiente imaginación. Veía la espaciosa casa de Zalesin triste, fría, imponente; y pensaba en la alegría que había de causar el regreso de Mihás premiado con las mejores notas; y que ella sería feliz...

Aprovechaba estos momentos de alegría para darle buenos consejos. Le recordaba que si era cierto que su mamá se preocupaba de sus estudios, no lo era menos que se preocupaba mucho más de su salud. Que no debía entristecerse cuando yo le llevaba á paseo, y que debía dormir para reparar las fuerzas.

—¡Te obedeceré, mi querido maestro! ¡Seré bueno, tan bueno, que al regresar á casa ni mamá, ni mi hermana Dolores acertarán á creer que sea el mismo!

Recibía frecuentes cartas de Pani-María, encareciéndome velara por la salud del niño; y sufría muchísimo viendo que me era imposible sustraerle á aquel no interrumpido trabajo. Las materias más difíciles las estu-

diaba, y salía airoso de su empeño; pero le faltaba tiempo. Lo más fastidioso era el endiablado alemán, que no lograba hablar con propiedad. Acabé por desear con impaciencia las vacaciones, confiando que aquel descanso forzoso repararía sus fuerzas quebrantadas y su cerebro cansado por el excesivo trabajo.

Si Mihás hubiese sido menos sensible su salud no me hubiera preocupado tanto; pero la menor contrariedad, una mala nota le impresionaba con mayor intensidad que los más brillantes éxitos. Las horas de alegría y los *cinco*s eran desgraciadamente rarísimos.

Leía en su cara los sentimientos que le conmovían. Me bastaba mirarle para saber que la lección había ido mal.

—¿Has tenido mala nota?

—Sí.

—¿No has sabido la lección?

A veces contestaba:

—No, no la he sabido.

Pero más frecuentemente:

—Sí, la sabía y no he acertado á decirla.

El pequeño Ovitski, siempre el primero de la segunda clase, me explicaba que las malas notas de Mihás eran en general debidas á que súbitamente perdía la memoria.

Y como el niño estaba cada día más débil moral y físicamente, estas pérdidas se hacían más frecuentes.

Observé que después de haber llorado mucho estudiaba con cierta paz ó sosiego, pero esta tranquilidad era aparente, pues doblaba su energía y trabajaba con febril ardor.

A veces, retirado en uno de los ángulos de la sala, apretaba desesperadamente la cabeza entre las manos, y así permanecía largas horas silencioso. Su imaginación exaltada hacía creer que él sería la causa de que su madre muriese de pena, y sentía algo parecido á la desesperación al creerse incapaz de lograr mejores notas.

Estudiando pasaba noches enteras, y á medida que adelantaba el curso estas velas eran más frecuentes. Para lograr ocultármelo se levantaba muy quedo, encendía la lámpara de la sala contigua, y sentábase á estudiar.

Muchas noches había pasado velando cuando le descubrí. La única manera de hacer que se acostase era levantarme, llevarlo á su cuarto, preguntarle las lecciones y demostrarle que las sabía.

Las fuerzas del pobre Mihás se agotaron. Pálido, delgado, parecía un hombre sin esperanza.

Un día supe que no era sólo el exceso de trabajo lo que consumía aquel niño.

Era al anochecer antes de la cena: había acabado de estudiar, y procuraba distraerle

contándole la popular leyenda polaca: «Un tío dice á un sobrino...» Mihas la oía atentamente, cuando de súbito se levanta, agita la cabeza, y mirándome con expresión que me causó terror, grita:

—Maestro ¿es verdad cuanto dices? ¿No es fábula?

—¿Por qué lo preguntas? le contesté admirado.

Y en vez de explicarme la razón echóse á llorar con tal sentimiento, que me costó trabajo consolarle.

Pregunté á Ovitski si sospechaba cuál pudiera ser la causa de aquella tan gran sensibilidad. El niño ó la ignoraba ó no quería manifestarla; no obstante, logré descubrirla.

Todos sabemos que en los colegios alemanes, los niños polacos oyen constantemente afirmaciones que hieren los sentimientos más íntimos de su corazón.

En la generalidad de los niños no producen otro efecto que engendrar un profundo desprecio contra aquellos profesores alemanes, que no saben respetar la desgracia de un pueblo, y contra los alemanes en general. Pero á Mihas, dotado de extremada sensibilidad, le dolían más las heridas, y sufría y callaba. La incesante lucha interior gastaba sus escasas fuerzas.

Él no titubeó. Sus convicciones, sus afec-

tos le llevaron á abrazarse á cuanto le enseñara su madre, á las gloriosas tradiciones y leyendas de su amada tierra. Pero en la clase debía obedecer, debía repetir ficciones contrarias, ó mejor insultantes, para Polonia su patria. Y luchaba incansable un día y otro día.

Para un niño era mucho sufrir. Las grandes luchas de la vida suelen presentarse cuando el hombre se halla en el pleno goce de la juventud. Y aquel niño tan niño sólo conocía el padecer.

Esta tensión moral agitaba su corazón y su alma. Aquel incesante trabajar, que desgraciadamente era inútil, agotaba sus fuerzas. No podía resistir mucho tiempo.

Pasaron días y semanas. El pobre niño doblaba su porfía, y los resultados eran cada vez peores. Las cartas de Pani-María aumentaban su dolor.

«Dios te ha dotado espléndidamente, escribía la madre, y no dudo que sabrás aprovecharte del talento que tienes, para trocar en hermosa realidad todas mis esperanzas.»

Las primeras semanas Mihas, después de leer las cartas de su madre, me cogía las manos y me las estrechaba convulsivamente diciendo:

—¿Qué hacer, maestro Vavrikevich?

¿Qué hacer? ¿Era culpa suya el no tener la facilidad que tienen otros para aprender